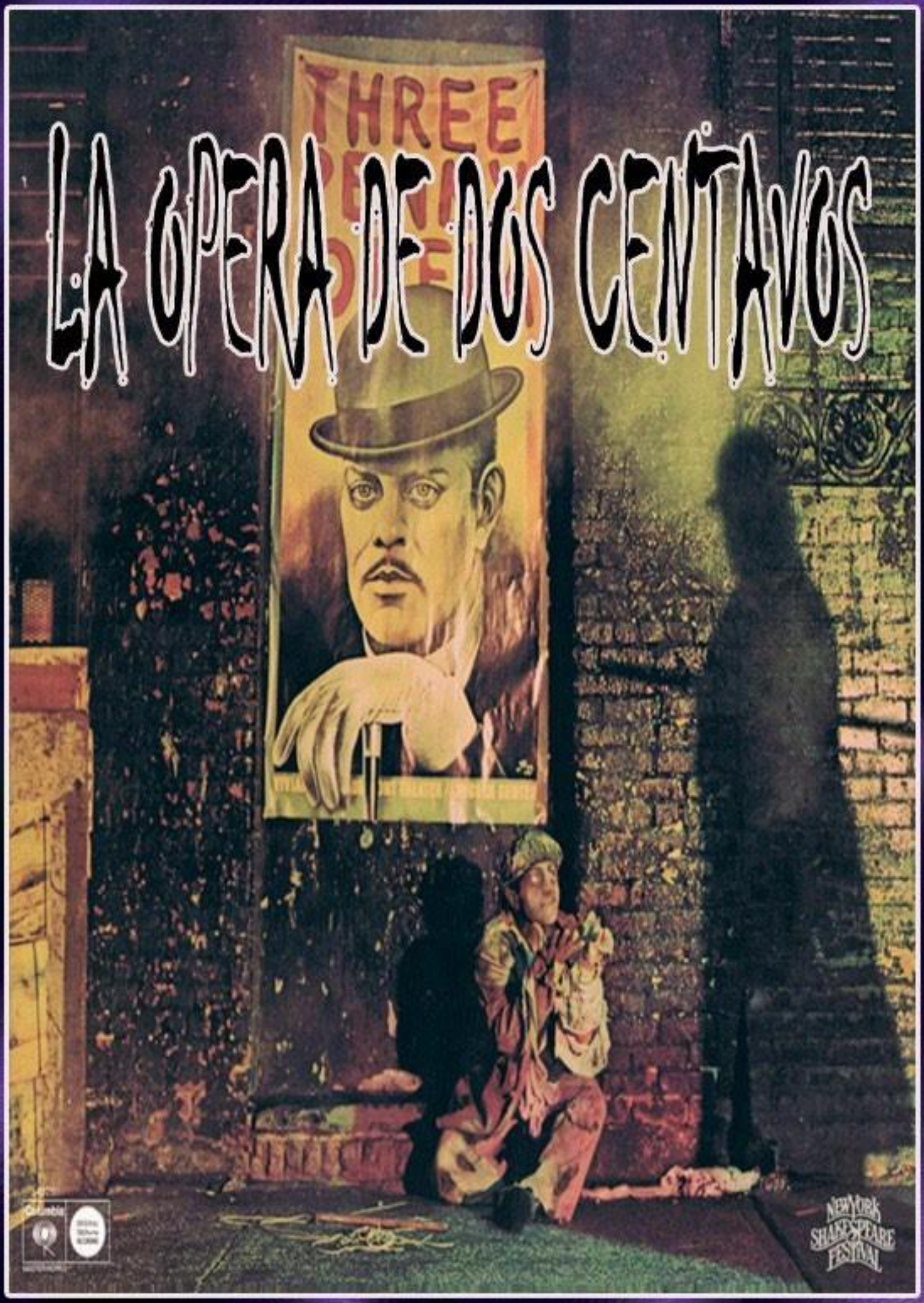
LA OPERA DE DOS CENTAVOS



BERTOLT BRECHT

BERTOLT BRECHT

LA ÓPERA DE DOS CENTAVOS

Ediciones Losange. Buenos Aires

PUBLICACIÓN TEATRAL PERIÓDICA

DIRIGIDA POR
FERNANDO L. SABSAY

Título del original en alemán:
DIE DREIGROSCHENOPER

Colaboradores:
E. HAUPTMANN
KURT WEILL

Traducción:
ANNIE RENEY y ONOFRE LOVERO

Para los cantables en castellano se contó con la colaboración del maestro Enrique Silberman

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723. Copyright by Ediciones Losange.
Buenos Aires,1957.

LA ÓPERA DE DOS CENTAVOS

LA ÓPERA DE DOS CENTAVOS fue estrenada, en 1928, en el "Schiffbauerdamm-Theater", de Berlín, bajo la dirección del propio Brecht, con música de Kurt Weill. Su primera versión en castellano será ofrecida en Buenos Aires en abril de 1957, y estará a cargo del Teatro de los Independientes, que la pondrá en escena bajo la dirección de Onofre Lovero, con decorados de Gastón Breyer y vestuario de Eduardo Fasulo. Serán sus intérpretes: Bernardo Jobson, Walter Santa Ana, Sonia Silver, Haydée Padilla, Enrique Herrera, José C. Caruso, Emilio Jordá, Miguel Serge, Daniel Roca, Joaquín Sokolowicz,Germán O. Agosti, Mario Balagna, Ernesto Vega, Martín Romain, Mercedes Fussi, Clotilde Achával, Ana María Caso, Anita Ojeda, Gracia Reina, Enriqueta Pallarés, Graciela Ensinck, Susana Payró, Darío Codar, Mario Storelli, Luis Míguez, Antonio Gallardo, Emilio Lelez, Alfredo Pert, Maruja Mirza, Juan González y A. J. Vispo (ayudante de dirección).

PERSONAJES

UN CANTOR AMBULANTE

JONATÁN JEREMÍAS PEACHUM, empresario de los mendigos de Londres

SEÑORA PEACHUM, su esposa

POLLY PEACHUM, su hija

CARLOS FILCH

MACHEATH, alias MACKIE NAVAJA

Componentes de la banda de MACHEATH:

- MATÍAS, alias MONEDA FALSA
- JACOBO, alias GANZÚA
- ROBERTO, alias SERRUCHO
- EDE
- JIMMY
- WALTER, alias SAUCE LLORÓN

REVERENDO KIMBALL

BROWN, alias BROWN, EL TIGRE, jefe supremo de la policía londinense

LUCY, su hija

Pupilas de un lupanar de Turnbridge

- LA ZORRA
- JENNY, LA DE LOS BODEGONES
- DOLLY
- BETTY
- OTRAS PROSTITUTAS

SMITH, policía

OTROS POLICÍAS Y MENDIGOS

PRÓLOGO

LA VERÍDICA HISTORIA DE MACKIE NAVAJA

Feria anual en el barrio de Soho. Los mendigos mendigan, los ladrones roban, las prostitutas circulan. Un cantor ambulante canta una de sus canciones:

Los *caimanes tienen dientes*
que no tratan de esconder;
pero Mackie no nos muestra
su navaja, bien lo sé.

Los caimanes cuando matan
rojos quedan por demás;
pero Mackie lleva guantes,
¿quién su crimen notará?

En la margen de los ríos
gente muere por doquier;
¿Es la peste? ¡Quién lo sabe!
¡Si anda Mackie hay que ver!

En un día de verano
un cadáver se encontró;
nadie supo de esa muerte,
sólo Mackie se enteró.

Samuel Maier y otros ricos
nadie sabe dónde están;
Mackie tiene sus riquezas,
¿pero quién lo probará?

Peachum, con su esposa y su hija, atraviesa la escena de izquierda a derecha.

Jenny Towler fue encontrada
con herida de puñal.
¿Quién su muerte produjera?
¡Sólo Mackie lo sabrá!
¿Y de Glite, carruajero,
sabe alguien qué decir?
"Hace tiempo no lo veo",
dice Mackie sin mentir.
Y el incendio donde un niño
hace días pereció,
¿sabe usted quién lo produjo?
No lo diga: ¡Mackie no!
Y la viuda jovencita,

cuyo nombre saben bien,
despertose ya violada;
¿Mackie, cómo pudo ser?

Estallido de risas entre las prostitutas; de su grupo se desprende un hombre y se aleja rápidamente, atravesando toda la plaza.

JENNY, LA DE LOS BODEGONES. — ¡Ese era Mackie Navaja!

ACTO PRIMERO

I

PARA CONTRARRESTAR EL ENDURECIMIENTO DE LOS CORAZONES HUMANOS, EL COMERCIANTE PEACHUM HABÍA ABIERTO UN NEGOCIO, EN EL CUAL LOS MÁS MISERABLES ENTRE LOS MISERABLES PODÍAN PROCURARSE UN ASPECTO CAPAZ DE CONMOVER LOS CORAZONES MÁS RECALCITRANTES

La ropería para mendigos de Jonatán Jeremías Peachum.

CORAL MATUTINO DE PEACHUM

¡Despierta, oh vil pecador!
¡Comienza tu diario vivir!
Demuestra tu picara acción,
que Dios sabrá hacerte sufrir.

Entrega tu hija, rufián,
y vende tu hermano, también.
¿No existe un Dios para ti?
¡Verás en el juicio final!

PEACHUM *(al público).* — Hay que encontrar algo nuevo. Mi negocio es demasiado difícil, pues mi negocio consiste en excitar la compasión humana. Es verdad que hay algunas cosas que estremecen al hombre —unas pocas cosas—; pero lo malo es que, apenas aplicadas unas cuantas veces, ya no surten efecto. Porque el hombre tiene esa tremenda capacidad de hacerse insensible en cuanto lo desea. Ocurre, por ejemplo, que un hombre que ve a otro hombre en una esquina, exhibiendo el muñón de su brazo, la primera vez, por el susto, le da diez peniques; la segunda, solamente cinco, y la tercera vez lo entrega sin contemplaciones a la policía. Lo mismo ocurre con los remedios espirituales. *(Desde lo alto del escenario* baja *un cartel que dice: "Dar es más hermoso que recibir".)* ¿Para qué sirven los más hermosos, los más inflamados proverbios pintados sobre atractivos carteles, si se gastan con tanta rapidez? En la Biblia hay cuatro o cinco proverbios capaces de conmover el corazón; pero en cuanto se acaba su eficacia, uno se queda en la calle. Miren, por ejemplo, este: "Dad, y os será dado". Hace apenas tres semanas que está colgado aquí, y ya está gastado. Hay que ofrecer siempre algo nuevo. Hay que hurgar más en la Biblia. ¿Pero hasta cuándo será posible?

Llaman a la puerta. Peachum abre y entra un joven llamado Filch.

FILCH. — ¿Peachum & Cº?
PEACHUM. — Peachum.

FILCH. — ¿Es usted el propietario de la empresa "El protector del mendigo"? Me lo han recomendado. ¡Estos sí que son proverbios! ¡Esto sí que es un capital! Dígame, ¿tiene una biblioteca entera de estas cosas? ¡Esto es diferente! Uno como yo..., ¿cómo quiere que se me ocurra? ¡Sin instrucción! ¿Cómo quiere que progrese mi negocio?
PEACHUM. — ¿Su nombre?
FILCH. — Vea usted, señor Peachum, desde pequeño me persiguió la desgracia. Mi madre era una borracha; mi padre, un jugador. Desamparado desde mis primeros años, careciendo hasta de la mano amorosa de una madre, me fui hundiendo cada vez más en el pantano de la gran ciudad, jamás conocí cuidados paternales, ni los beneficios de un hogar acogedor. Y aquí me ve usted...
PEACHUM. — Aquí lo veo...
FILCH *(confuso).* — ...exento de medios, presa fácil de mis bajos instintos...
PEACHUM. — Como un casco a la deriva, etcétera, etcétera. Y ahora dígame, estimado casco a la deriva, ¿en qué distrito declama usted esa fábula de niños?
FILCH. — ¿Cómo, señor Peachum?
PEACHUM. — Porque eso lo interpreta en público, ¿verdad?
FILCH. — Vea usted, señor Peachum, ayer se produjo un pequeño incidente en Highland Street. Estaba tranquilamente parado en una esquina, abatido y desdichado, sombrero en mano, sin pensar nada malo...
PEACHUM *(consultando una libreta de notas).* — ¿Highland Street? Sí, sí, ya veo. Tú eres el cochino a quien Honey y Sam sorprendieron ayer: tuviste el descaro de molestar a los transeúntes en el 10º distrito. Esta vez nos hemos contentado con una paliza, porque suponemos que tú desconoces las reglas de la urbanidad. Pero si vuelves a mostrarte por allí, usaremos la guadaña. ¿Entendido?
FILCH. — Sí, sí, señor Peachum. ¿Pero dígame, por favor, qué debo hacer ahora? Esos dos señores, después de haberme dejado negro de moretones, me entregaron su tarjeta comercial. Si me quitase el saco, le parecería estar viendo un bacalao.
PEACHUM. — Hijo mío, mientras no tengas aspecto de picadillo, seguiré pensando que mi gente ha sido demasiado considerada contigo. ¡Mire un poco¡Llega aquí un mocoso y cree que con sólo tender la mano tendrá asegurado su bife, jugoso y bien servido.
¿Qué dirías si de tu estanque te sacasen los mejores peces?
FILCH. — Pero mire, señor Peachum, yo no tengo estanque.
PEACHUM. — En resumen, la licencia sólo se concede a los profesionales. *(Señala, afectando gravedad, un plano metropolitano.)* Londres se divide en catorce distritos. Quien tenga intención de ejercer en alguno de ellos la profesión de mendigo, necesita una licencia otorgada por Jonatán Jeremías Peachum & Cº. ¡No faltaba más! De otro modo podrían intentarlo todos, ¡todos!, con la historia de ser presa fácil de sus bajos instintos...
FILCH. — Señor Peachum, sólo pocos chelines me separan de la ruina absoluta. Tengo que hacer algo, pues con dos chelines en el bolsillo...
PEACHUM. — ¡Veinte chelines!
FILCH. — ¡Señor Peachum! *(Indica con gesto implorante un cartel en el que se lee: "No cerréis vuestros oídos al lamento del mísero". Peachum señala la cortina de un armario, donde está escrito: "Dad, y os será dado".)* ¡Diez chelines!
PEACHUM. — Y el cincuenta por ciento, con rendimiento semanal de cuentas. Con equipo, setenta por ciento.
FILCH. — ¿Y en qué consiste el equipo?
PEACHUM. — Eso lo decide la empresa.
FILCH. — ¿Y en qué distrito podría ser admitido?

PEACHUM. — Baker Street 2-104. Allí hasta es más barato: sólo el cincuenta por ciento,

incluido el equipo.
FILCH. — Sírvase. *(Paga.)*
PEACHUM. — ¿Su nombre?
FILCH. — Carlos Filch.
PEACHUM. — Está bien. *(Grita.)* Señora Peachum. *(Entra la señora Peachum.)* Este es Filch. Número trescientos catorce. Distrito Baker Street. Yo mismo haré la inscripción en el registro. Naturalmente, querrá empezar el trabajo en seguida, antes de los festejos de la coronación: la única época en que se puede ganar algo. ¡Equipo C! *(Descorre la cortina de un armario, y aparecen cinco maniquíes de cera.)* Estos son los cinco prototipos de la miseria, que tienen la facultad de conmover el corazón humano. Su vista provoca en el hombre ese estado de ánimo antinatural en que se muestra dispuesto a soltar dinero. Equipo A: Víctima del intenso tránsito. El alegre paralítico, siempre de buen humor *(lo imita)*, siempre despreocupado; el efecto se aumenta con un muñón. Equipo B: Víctima del arte bélico. El insoportable hombre del tembleque, horroriza a los transeúntes, trabaja mediante el asco *(lo imita);* el efecto se mitiga merced a las condecoraciones al valor. Equipo C: Víctima del desarrollo industrial. El ciego digno de compasión, o sea la alta escuela de la mendicidad. *(Lo imita, caminando vacilante hacia Filch. En el momento en que va a tropezar con el joven, este lanza un grito angustioso. Peachum se detiene, lo mira con asombro y, de inmediato, se pone a rugir.)* ¡Tiene compasión! ¡Jamás llegarás a ser un mendigo! Un hombre como tú sólo sirve para transeúnte. ¡Bueno, veamos el equipo D! *(A la mujer.)* Celia, otra vez has bebido, y ahora ni puedes abrir los ojos. El número ciento treinta y seis ha protestado por su traje.
¿Cuántas veces tendré que decirte que un caballero no se pone cosas tan mugrientas? El ciento treinta y seis pagó por un equipo completamente nuevo, sin uso, Las manchas indicadas para despertar compasión debían hacerse con cera de velas y una plancha caliente. ¡Claro, nadie piensa! ¡Todo tiene que hacerlo uno mismo! *(A Filch.)* Desvístete y ponte esto, pero cuídalo bien.
FILCH. — ¿Y qué será de mis cosas?
PEACHUM. — Quedan en la empresa. Equipo E: Jovencito que ha visto tiempos mejores; o, en otros términos, al que no se le dijo en la cuna que caería tan bajo.
FILCH. — ¡De modo que usted vuelve a usar mis cosas! ¿Y por qué, entonces, no puedo hacer yo mismo de ese que ha visto tiempos mejores?
PEACHUM. — Porque, querido mío, si muestras tu verdadera miseria, nadie te creerá. Si te duele la barriga y lo dices, sólo eres repugnante. Además, pregunta menos y ponte enseguida estas cosas.
FILCH. — ¿No le parece que están algo sucias? *(Después de una penetrante mirada de Peachum.)* Perdóneme, se lo ruego; perdóneme.
SEÑORA PEACHUM. — Muévete un poco, muchacho; no voy a estar aquí teniéndote los pantalones hasta Navidad.
FILCH *(de pronto con violencia).* — ¡Pero los zapatos no me los quito! ¡De ningún modo! Antes renuncio a todo. Son el único regalo de mi pobre madre, y nunca, nunca jamás, por más bajo que pueda caer...
SEÑORA PEACHUM. — Déjate de historias, sé perfectamente que tienes los pies mugrientos.
FILCH. — ¿Y cómo quiere que me lave los pies, en pleno invierno?

La señora Peachum conduce a Filch detrás de un biombo, luego vuelve a primer plano izquierda y plancha estearina sobre un traje.

PEACHUM. — ¿Dónde está tu hija?

SEÑORA PEACHUM. — ¿Polly? Está arriba.
PEACHUM. — Dime, ¿volvió ayer ese tipo? Ese que siempre viene cuando yo no estoy en casa.
SEÑORA PEACHUM. — No seas tan desconfiado, Jonatán; es un "gentleman" distinguidísimo el señor capitán, y siente mucha simpatía por nuestra Polly.
PEACHUM. — ¡Ah!
SEÑORA PEACHUM. — Y si aún crees que tengo dos dedos de frente, descuenta que también Polly le ha echado el ojo.
PEACHUM. — Celia, estás despilfarrando nuestra hija como si yo fuera millonario. ¿Acaso quieres que se case? ¿Te parece que este negocio iría adelante una sola semana más, si estos asquerosos clientes no viesen otras piernas que las nuestras? ¡Un novio! ¡De inmediato nos tendría en sus garras! Así nos tendría, así. ¿Crees que tu hija, en la cama, sabrá tener la boca cerrada mejor que tú?
SEÑORA PEACHUM. — ¡Buen concepto tienes de tu hija!
PEACHUM. — El peor. El peor de los peores conceptos. No es más que un montón de sensualidad.
SEÑORA PEACHUM. — De ti no lo habrá heredado.
PEACHUM. — ¡Casarse! Mi hija debe ser para mí, lo que el pan es para el hambriento... *(Hojea la Biblia.)* Hasta la Biblia lo dice, pero no sé muy bien dónde. ¡Casarse! Después de todo, una de las peores porquerías. Ya le quitaré yo de la cabeza eso de casarse.
SEÑORA PEACHUM. — Jonatán, eres simplemente un ignorante.
PEACHUM. — ¡Ignorante! ¿Cómo se llama ese capitán?
SEÑORA PEACHUM. — Bueno, todos lo llaman "capitán".
PEACHUM. — ¿De modo que ni siquiera le han preguntado el nombre? ¡Muy interesante!
SEÑORA PEACHUM. — ¿No pretenderías que fuésemos tan groseras como para pedirle sus documentos, siendo él tan gentil al invitarnos a las dos a una reunión danzante en el Hotel del Pulpo?
PEACHUM. — ¿Dónde?
SEÑORA PEACHUM. — En el Hotel del Pulpo.
PEACHUM. — ¿Capitán? ¿Hotel del Pulpo? A ver, a ver, a ver...
SEÑORA PEACHUM. — Y en lo que respecta al trato, siempre nos ha tratado, a mi hija y a mí, con guantes.
PEACHUM. — ¿De modo que con guantes?
SEÑORA PEACHUM. — Sí, y además él siempre lleva guantes: guantes blancos de cabritilla.
PEACHUM. — Guantes blancos, y bastón con empuñadura de marfil, y polainas, y zapatos de charol, y aire de dominador, y una cicatriz...
SEÑORA PEACHUM.....en el cuello. ¿Cómo es que ya lo conoces?
FILCH *(escurriéndose por detrás del biombo).* — Señor Peachum, ¿no podría darme algunas indicaciones? Soy partidario de las cosas hechas con método: no soporto las improvisaciones.
SEÑORA PEACHUM. — ¡Quiere el método, e